

dió cerrados, para no encontrarse con los de su madre, que la miraba con aire de profunda tristeza, parecía escuchar voces interiores.

Terminada la cena, Teresa se acercó á su madre y la presentó la frente para que la besara.

Pero de pronto se estremeció.

La anciana le decía, casi con severidad y con voz que jamás había oído:

—¡Necesito hablarte!

Teresa quedó un momento cortada y luego contestó:

—¡Bueno, mañana por la mañana, si quereis.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque no me siento bien. ¡No puedo con la cabeza!

—¡Ah!—exclamó la madre pensativa;—¡bien, pues mañana.

La joven la echó los brazos sobre los hombros y la besó con ternura.

La anciana repitió:

—¡Bueno: hasta mañana!

Nadie había oído lo que entre sí habían hablado madre é hija.

Teresa presentó á sus hermanos la frente, estrechó con efusión la mano al cazador de topos, besó á Magdalena, y encendiendo un farolillo se fué á su cuarto.

Cuando el anciano salió de la cocina para ir á acostarse, vió que aún habia luz en la habitación de Teresa.

—¡Pobre niña!—pensó—¡Está en vela! ¡Ah! si yo fuese rico, mi capital seria para estas pobres gentes! ¡Qué miserable es esa condesa de Corbiere!

XII

En la nieve

Teresa velaba, en efecto.

Ya no lloraba; su resolución estaba tomada.

Por la primera vez acaso desde que estaba en el mundo, su madre habia tenido para ella una mirada, no dura, sino inquieta, displicente.

La voz de la pobre mujer estaba alterada.

Habria debido concebir dudas, sospechar, en fin, lo que ella suponía imposible.

Teresa queria evitar á todo trance una confesion necesaria.

Habia pedido un plazo al decir: «mañana».

Mañana ya no estaria allí.

¿Pero podia partir sin dar el último adiós á su madre, á sus hermanos, á todos aquellos que tanto la querian y á quienes ella queria con toda su alma?

A la vacilante luz de un cabo de vela, escribia:

«Querida madre:

»La estancia en la Boca del Lobo se me ha hecho insoportable.

»En ella pienso sin cesar en Marcelo, que ha debido irse al extranjero á buscar los medios de vivir, y en nuestro pobre Juan, tan bueno y tan injustamente condenado.

»Además, á medida que voy siendo mayor,

me voy convirtiendo para vosotros en una carga inútil, soy una boca más que mantener, y me avergüenzo de mi indolencia y de mi holgazanería.

»Por fin, después de la desgraciada condena, os veo á todos apenados, á Guillermo, que no puede ocultar su sentimiento, á Pedro que tra baja tanto por ganar el pan para todos.

»Entonces me he decidido á alejarme para tratar de ganar mi vida yo también.

»Ignoro si lo conseguiré.

»Lo espero.

»Dios no sería justo si nos pusiese en una tierra tan ingrata que no diese á sus criaturas, honradas y laboriosas, los medios de subsistir.

»Con el corazón desgarrado me separo de vosotros para caminar ante mí, á la aventura, á la voluntad de Dios.

»¡Porque os amo tiernamente!

»¿Y cómo podría ser de otro modo?

»Me voy durante la oscuridad y el silencio de la noche, porque os opondriais á mi huida, y yo no tengo corazón para resistirme á vuestros besos y á vuestras lágrimas.

»¡Adios, madre querida!

»Decid á Pedro y á Guillermo que no olvidaré jamás sus ternuras, y que no se pasará una hora de mi vida, sea la que quiera, sin que piense en vosotros!

»Decídselo también á Magdalena, tan buena y tan decidida, y á ese pobre cazador de topes, nuestro mejor amigo.

»Cuando escribais á Juan y á Marcelo, si llegais á saber de ellos, no me olvideis.

»Daria toda mi sangre por saber que estais consolados y tranquilos, y una esperanza secreta me dice que lo estaremos un día.

»Adiós, mi buena madre. Pensad alguna vez en vuestra Teresa y pensad que si se ha ido ha sido para libraros de una carga demasiado pesada y con la esperanza de sosteneros un día.

»¡Mil besos á todos!

»Y á la voluntad de Dios,

»Vuestra pobre hija.

»TERESA.»

Dobló la carta, puso en el sobre *A mi madre*, y la dejó sobre la mesa, en sitio en que pudiera verse.

Hizo su paquete, muy sencillo y ligero.

Sus mejores dibujos, algunas camisas, un par de zapatos y dos faldas.

Esto fué todo.

¡Su verdadera fortuna eran los cuatrocientos francos que la había dado el cazador de topes!

Dirigió una última mirada á aquella habitación que tantos recuerdos encerraba para ella, y con el corazón oprimido, sopló el cabo de vela que vacilaba al espirar y, abriendo la puerta con precaución, bajó la escalera.

Apenas había puesto el pie en el pórtico, cuando sintió un ligero ruido y vió á su lado á Ramoneau, el perro de sus hermanos que iba á acariciarla, sin sospechar que se alejaba para siempre.

Le devolvía las caricias con la mano, diciéndole muy bajo:

—¡Marcha! ¡marcha!

La costó trabajo hacer que la obedeciera. Mientras ella escribía, la nieve había estado cayendo en grandes copos y se extendía como una sábana sobre la tierra endurecida.

Dominada por el terror, vaciló un instante. ¿Pero, cómo retroceder?

Siguió adelante.

Hasta el castillo, conocía el camino que tenía que seguir.

Avanzó resueltamente por un camino del bosque, por entre grandes y descarnados árboles que parecían inclinarse para mirarla al pasar.

Por fin, después de mil sobresaltos, causados por los extraños ruidos que á su paso oía y que eran producidos por la caza que andaba de un lado para el otro y después también de haber dado muchos tropezones, en alguno de los cuales la faltó poco para caer al suelo, llegó á la verja del parque de la Ferté.

Allí respiró.

Ya era tiempo porque se sentía sin fuerzas, agobiada, destrozada.

Se encontraba en medio de una especie de encrucijada, rodeada de árboles seculares despojados de las hojas.

A corta distancia, en el extremo de una gran avenida, se elevaba la iglesia de la Ferté acompañada de la casa parroquial y de algunas otras.

Al lado opuesto se veía la imponente mole del castillo de Corbiere, con sus fosos y su verja monumental, y á derecha é izquierda de esta

había enormes cadenas sujetas á pilares de granito, gruesos y bajos.

La pobre joven se sentó en uno de aquellos pilares para tomar aliento.

Y con sus pobres ojos marchitos por tantas lágrimas como había derramado, contemplaba la inmensa construcción que atestiguaba la opulencia de sus propietarios.

¡De allí era de donde había soplado un viento de desgracia sobre ella! ¡De allí era de donde había salido el amante que la había seducido!

¡Allí era, en fin, donde había vivido el padre de la criatura, causa de su vergüenza y del destierro que se imponía!

¡Ah! ¡si ella hubiera sabido en aquel momento, en que temía todos los horrores de la miseria, que antes de morir, aquel amante, en un arranque de honor y de generosidad, que una inquieta juventud y los malos ejemplos no habían conseguido ahogar en su alma, la había dedicado su último pensamiento y dado todo lo que poseía, qué consuelo y qué alegría!

¡Pero un crimen la privaba de este recurso, un crimen inspirado por el odio, por el orgullo y por la avaricia, un crimen de rico despojando al pobre, una injusticia suprema, una iniquidad sin excusa!

Ella lo ignoraba.

Se levantó y se puso en marcha.

El camino de la Ferté á Cour-Cheverney la pareció interminable.

¡Cuántas veces se paró en el camino y se dejó caer sobre los montones de piedra, diciéndose que la sería imposible volver á levantarse!

Transida de frío, con los pies helados, los zapatos húmedos y llenos de nieve, permaneció un momento acurrucada al pie de un estanque de los alrededores del Fontaine, preguntándose sino valdría más para ella arrojar-se en el de cabeza para dejar de una vez de sufrir.

El amor á la vida, el temor á la muerte y algunas misteriosas esperanzas, la contuvieron.

Retrocedió ante el abismo y continuó su camino.

Rayaba el día, cuando, por fin, vió á lo lejos las primeras casas de Cour-Cheverny.

Se paró un momento, recobró fuerzas y continuó hasta llegar á la estación, que se elevaba severa y aislada, sin más que la tenue luz de un farol en la fachada.

Una estación es un lugar hospitalario abierto día y noche á todo el que llega.

Empujó la puerta y entró.

Se sentó en un rincón en un banco, apoyó la cabeza sobre el paquetito que tan pesado le había parecido durante el viaje que había hecho, y vencida por el cansancio se durmió profundamente.

A las ocho, un empleado que entró en busca de un fardo que había olvidado, se acercó á ella, y se admiró al ver sus hermosas facciones.

—¡Es una mujer!—dijo.

—¡Qué hermosa!—añadió un hombre corpulento y sanguíneo que se disponía á tomar el tren.

El empleado era un buen sujeto.

Tocó suavemente el brazo de la viajera.

—¡Eh! ¡muchacha!—dijo.—¿Vais de viaje?

Teresa se despertó sobresaltada.

—¿Adónde vais?—le preguntó el empleado.

—¡A París!

—¡Pues bien! ¡Apresuraos á tomar el billete! ¡No hay tiempo que perder!

Teresa se levantó con trabajo sobre sus doloridos pies.

Al dirigirse á la taquilla cojeaba.

Pidió el billete con voz tímida.

—Uno de tercera para París. ¿Cuánto?—dijo.

—Trece sesenta y cinco.

—¿Podéis decirme á qué hora llegaré?

—A eso de las cinco.

—Gracias.

Entregó un luis, recogió la vuelta y pasó al andén.

Ya era tiempo.

Llegaba el tren.

El viajero grueso, que no separaba de ella sus ojos se había dado cuenta sin duda de su estado, porque Teresa oyó que decía al empleado que le acompañaba:

—¡Una más con un polichinela, que la hará bailar en la cuerda floja!

El empleado contestó:

—¡Hermosa joven! ¡Qué lástima!

Y fiel á su consigna gritó:

—¡Señores viajeros para Blois, al tren!

Teresa le dió las gracias con una mirada y fué á colocarse en un rincón tratando de huir del hombre gordo.

Pero el desconocido la siguió.

Cuando el tren arrancó estaban solos y muy cerca el uno del otro.

El desconocido llevaba por todo equipaje una cartera muy ligera.

Vestía con decencia, llevaba un abrigo largo y cubría su cabeza un sombrero redondo que dejaba asomar por debajo sus cabellos casi rojos.

Su cara no era desagradable, era redonda y colorada con ojos muy vivos.

—¡Abandonáis vuestro país eh?—dijo á Teresa con cierto interés.

—Sí señor—contestó la joven.

—¿Para ir á París?

—Sí.

—¿Tenéis *guita*?

Teresa le miró con ojos asustados, no comprendiendo.

—¡Dinero quiero decir!

Teresa movió la cabeza.

—¡Entonces será preciso ganarlo!—dijo el viajero.

—¡Haré lo que pueda!

—¿Todo lo que podáis?—preguntó el viajero con una intención fácil de comprender.

Y cambiando de tono, continuó:

—Vamos á ver, ¿qué sabéis hacer? No temáis ser franca. Yo soy bueno, y en el tren y en este momento mucho más... ¡He rodado mucho y he pasado apuros grandes! ¡Hoy la cosa marcha mejor! ¡Ah, caramba, hermosa... no se anda el camino como se quiere! ¿Qué edad tenéis?

—Diez y siete años.

—¿Y qué sabéis?

—Un poco de todo: escribir... dibujar...

—¿Como Rafael?...

Teresa comprendió que aquello era una burla, y se puso colorada.

—Sabréis lo que una colegiala aventajada, ya lo supongo—dijo el viajero;—pero sería mejor que supieseis coser, guisar y arreglar, en fin, una casa. Con eso, al menos, no se muere uno de hambre. ¿Y qué más?

—¿Cómo y qué más?

—Quiero decir... qué sabéis además de escribir y dibujar...

El hombre grueso era práctico.

Teresa se vió obligada á confesar que tenía razón.

¿Qué más?... Pues bien, no sabía más que lo que había aprendido en el colegio de Gien, es decir, nada.

—¡Ya veo!—dijo el hombre.—¡Una educación de señorita, á la cual no falta más que el dote! ¡No os han enseñado nada, esto es lo cierto! ¿De modo que no tenéis oficio?

—Tengo buena voluntad. Aprenderé.

—Eso sería bueno si tuiéseis dinero para esperar.

—No me falta ánimo.

—Lo necesitaréis!... ¿Conocéis á alguien al menos?

Teresa hizo un signo negativo con la cabeza.

—¿Y adónde vais á ir á parar?—la preguntó.

No lo sé.

—¿De modo que vais á encontraros en la estación sin saber hacia donde drigiros?

—Sí.

—¡Felicitó á vuestros padres! ¿No los tendréis tal vez?

Teresa hizo seña que no.

No mentía.

¿Qué la quedaba?

¿No se encontraba exactamente como si no tuviese á nadie en el mundo?

—¡Estáis divertida!—murmuró el viajero.

—¡Si al menos!...

No terminó.

Quería decir: «¡Si al menos fuérais sola!»

Se expresaba en el fondo sin malicia, más bien con interés, con tono rudo; pero las gentes rudas no son siempre gentes de mala intención.

Teresa le escuchaba con amarga satisfacción, y se atrevió á preguntarle con timidez:

—¿Me dais un consejo?

—¡Es difícil!

El viajero se aproximó más á ella y la dijo:

—Será preciso al menos que yo conozca vuestros secretos.

Y muy bajo añadió:

—¡El individuo que... puede ayudaros, al menos?

Teresa pareció no oír, y bajó la cabeza.

—¡Vamos, no andemos con dengues!—dijo él bruscamente.—¿Puede sosteneros el padre, daros algo?

—Ha muerto.

—¿Y la familia?

—No puedo esperar nada de ella.

—¡Diablo, diablo! ¡Momentos rudos tendréis que pasar!

Y viendo que las facciones de la pobre joven se contraían, añadió:

—Pero tenéis un poderoso auxiliar, la juventud. Con ella es uno capaz de todo.

Hubo un silencio.

El tren se detuvo dos veces.

Teresa había cerrado los ojos y el hombre grueso pudo ver las lágrimas que, deslizándose por entre sus párpados, corrían por sus mejillas.

Las reflexiones de la pobre joven eran desgarradoras.

Desde la primera mirada había penetrado su secreto aquel desconocido. ¡No podía ya, pues, ocultárselo á nadie!

¿Cómo solicitar una colocación, por modesta que fuera?

Un ruido sordo la sacó de sus meditaciones.

El tren atravesaba el Loire por un puente y llegaba al molino de la Borde.

Las nubes se habían disipado y el sol lucía.

—¡Ea, no os desesperéis!—repuso el viajero, mostrándola el sol con la mano—¡Ese luce para todo el mundo! ¡Siento no ir á Paris; os hubiera guiado! Pero estaré allí dentro de pocos días. Si me necesitáis para algo me encontraréis. Aquí tenéis mis señas. Aun hay gentes buenas y dispuestas á ser útiles al prójimo.

Teresa cogió la tarjeta que su compañero de viaje la ofrecía y la leyó para sí.

La tarjeta decía:

PROSPERO GOMBAULT

REPRESENTANTE DE COMERCIO

Casa Renaud, Bresse y Compañía.

12, calle del Puente Nuevo, 12.

Y por debajo:

Sacos, toldos, telas para velas, hilos y cuerdas.

Se paró el tren.

Los empleados gritaron:

—¡Blois, cambio de tren!

El hombre grueso estrechó la débil mano de su compañera de viaje, la dió un golpecito en la mejilla y la dijo:

—¡Animo, y hasta la vista!

En el momento de salir de la estación se volvió y la saludó con la mano.

Teresa se sentía casi reconfortada por aquel encuentro con el hombre grueso.

¡Si, sin duda, aun había buenas gentes que se interesaran por los demás y el sol lucía para todo el mundo!

Así lo esperaba ella.

Con su paquete en la mano, estaba en el andén sin saber le que hacer, porque ignoraba el tiempo que tardaría en salir el tren, cuando un empleado, acercándose á ella, la preguntó:

—¿A dónde vais?

—¡A Paris!

—A las diez y veinte. Tenéis tiempo de dar por ahí una vuelta,—la dijo, y la indicó la salida.

Teresa, se dirigió vacilando hacia la salida de la estación.

La costaba trabajo sostenerse; tenía los pies llenos de ampollas, y además tenía hambre.

Entró en una panadería y compró un pan.

Volvió á la estación y se sentó, esperando la hora de la salida del tren y tratando de defenderse del sueño que se apoderaba de ella.

Llegó por fin el tren.

Entró en un coche y se colocó en un departamento en que estaba sola, se recostó en un ángulo y agobiada por la fatiga, y mecida por la trepidación del tren que se ponía en marcha, se durmió.

A aquella misma hora, en la Boca del Lobo, Guillermo Montarón, que se disponía á marchar á Rochefort, admirado de no haber visto todavía á su hermana, fué á la ventana de su cuarto y desde fuera llamó.

—¡Teresa!

Naturalmente, no recibió contestación.

Admirado subió la escalera, llamó á la puerta del cuarto, y tampoco le contestaron.

Entró.

La habitación estaba vacía.

Todo indicaba una partida precipitada.

La cama no estaba deshecha.

Algunos objetos de poco valor estaban esparcidos acá y allá.

Sintió una especie de estremecimiento, pero su sorpresa fué de corta duración.

El papel que su hermana había dejado sobre la mesa atrajo su atención.

Leyó el sobre: ¡*A mi madre!* y la primera idea que le ocurrió fué que la desgraciada había perdido el juicio y se había suicidado.

La carta no estaba cerrada, la leyó.

Entonces su rostro se iluminó de pronto.

Cogió la carta, bajó al patio y viendo á su hermano y á Magdalena les llamó.

El cazador de topas, para ser útil en algo, estaba en una de las cuadras amontonando estiércol.

Guillermo le hizo seña de que les siguiese y todos entraron en la casa.

La madre, que no perdía jamás un minuto, preparaba el almuerzo.

Se admiró de verlos llegar á todos á un tiempo, como si vinieran de algún consejo.

—¿Qué hay?—preguntó con el corazón oprimido por una angustia repentina.

Guillermo contestó:

—¡Hay que la casa se vá quedando vacía! ¡Teresa no está ya en ella!

—¿Teresa?

—¡Se ha marchado!

—¿Dónde está?

—Eso es lo que no nos dice!

—Leed—dijo Guillermo á su madre, presentándole el escrito de Teresa:

Los ojos de la anciana se habían llenado de lágrimas. Repitió, como si no fuera capaz de comprender:

—¡No puedo!... ¡no puedo!... ¡Teresa, Teresa mía!...

Guillermo leyó entonces en voz alta la carta de su hermana.

El dolor de la viuda no fué tan grande como era de temer.

Como su hijo, en un principio había pensado que la desgraciada niña no había marchado, si no que había muerto desesperada.

La lectura de aquella carta de despedida tan tierna, fué un consuelo para ella.

Si la víspera había querido ella hablarla, había sido porque principiaba á sospechar una parte de las faltas que con tanto cuidado la ocultaban.

Ya no dudó un instante.

¡Teresa iba á ocultar lejos su deshonra!

El almuerzo fué triste.

Nadie se atrevió á hablar.

Antes de que se concluyera se levantó Guillermo y subió á su habitación.

Cuando bajó estaba en traje de camino. El traje era pobre, pero limpio y á propósito para pasar inadvertido entre la multitud; llevaba polainas, pantalón y chaqueta de paño y un sombrero del mismo color del traje, que era de color castaño oscuro.

Era su traje de los días de fiesta.

—¿Tú también?—preguntó la madre.

—Sí.

—¿A dónde vas?

—Á Rochefort, á despedir á Juan en nombre de todos, para que no marche sin haber visto á alguno de la familia.

—Hay mucha distancia de aquí á Rochefort—objetó la madre.

—¡Bah! Unas sesenta leguas, creo: no es una gran cosa. ¡Más he andado!

—¿Sabes siquiera el camino?

—Tengo lengua. Preguntaré.

—¿Y marchas con el tiempo que hace?

—¡Teresa no ha tenido miedo al tiempo!

—Tienes razón, Guillermo,—dijo el mayor de los Montarón; Juan se iría triste si embarcara sin saber que pensamos en él.

—¿Se le podía escribir!—objetó la madre tímidamente.

—¡Bah! ¿y quién sabe lo que sería de la carta?

—¿Cuándo emprendes la marcha?

—En seguida.

—¿Y dinero?

—¡Tengo algunos cuartos!... ¡Creo que me bastarán!

Habia dejado de nevar. El sol brillaba débilmente.

—La nieve ha cesado y así me gusta á mí el tiempo para viajar—dijo Guillermo, afectando una alegría que estaba muy lejos de sentir.

Abrazó á su madre, á su hermano Pedro y á Magdalena, cogió un palo para que le sirviera de bastón y se dispuso á salir.

—¡Vaya, adiós todos!—dijo.

El cazador furtivo le siguió y cuando hubieron pasado el pórtico se paró y le dijo:

—¡Guillermo!

—¿Qué?

—Has mentado.

—¿Cómo?

—Tú no tienes dinero y tu hermano no puede dártelo. No hay diez francos en la casa.

—¿Y qué?

—Yo lo tengo y no lo necesito. Helo aquí. Sacó los cuatrocientos francos que Teresa no había querido y se los dió á su amigo.

—No tengas cuidado. Aun me queda á mí y será para el primero de vosotros que lo necesite. ¡Toma!

—Veo—dijo Guillermo—que tú has sido quien ha proporcionado á Teresa los medios de ponerse en camino. ¡Has hecho bien! ¡No podía permanecer aquí!... ¡Adiós!... ¡Esto es cuestión de vida ó muerte para nosotros!

Estrechó al anciano contra su pecho y se alejó.

Ocho días después el cartero llevó á la Boca del Lobo una carta con el sello de Correos de Rochefort.

Apuella carta decía lo siguiente:

«He visto á Juan, y hasta he podido abrazarle en nombre de todos. Está animado y no defallecerá. Yo sigo el ejemplo de nuestra desgraciada Teresa y de Marcelo: voy á buscar fortuna. Conservad la casa paterna. Tal vez volvamos á ella algún día. Tengo corazón y fuerza. Hasta la vista. Os abraza cariñosamente.

»GUILLELMO.»